

DOMINGO XXXIII ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos terminando el año litúrgico, y no es extraño que los textos de la misa de hoy den a nuestra oración un tono escatológico, o sea, que nos hagan mirar al futuro de la humanidad y nuestro. Como ya venía sucediendo en los domingos anteriores y como lo seguirá siendo en los sucesivos, también en el Adviento.

A esta mirada hacia el futuro nos invitan, no sólo el evangelio y la 1^a lectura, sino también esta vez la 2^a lectura, de Pablo. Ahora bien, los "últimos tiempos" ya los estamos anticipando siempre en la participación de los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y con la construcción de un mundo más humano y cristiano.

¿Día de fuego o día luz y salvación? Esta mirada hacia los últimos tiempos nos llena de pensamientos serios, pero no necesariamente de angustia.

El profeta Malaquías quería animar, de parte de Dios, a unos judíos que se sentían defraudados, a la vuelta del destierro, porque no conseguían tan fácilmente como habían esperado la reconstrucción de su sociedad. Les invita a mirar hacia delante, hacia "el día del Señor". Ese día, en el horizonte futuro mesiánico, será, por una parte, "ardiente como un horno", porque los malvados serán quemados como la paja; y, por otra, un día de luz y de liberación para los "que honran el nombre de Dios". Ese día se verá el destino de unos y otros y se pondrá de manifiesto la justicia de Dios.

Es bueno mirar hacia delante. Contribuye a animarnos en el trabajo o en la lucha, nos recuerda que hay caminos que llevan al éxito y a la felicidad verdadera, y otros que parecen fáciles, pero no llevan más que al fracaso absoluto y a la muerte. El profeta nos viene a decir que el día final será de esterilidad para los que no han trabajado el campo, y de cosecha gozosa para los que han sudado durante la temporada; de sobresalientes y excelentes para los estudiantes buenos, y de suspensos para los malos; de descalificación para los deportistas perezosos y de triunfos para los diligentes.

¿Miedo o serenidad? Lucas mezcla aquí dos planos: el anuncio de la caída de Jerusalén a manos de los romanos, cosa que sucedería muy pronto (el año 70), con los ejércitos de Vespasiano, que "no dejaron piedra sobre piedra", y la visión enigmática del final de los tiempos, que "no vendrá en seguida". No es fácil distinguir los dos estratos. El lenguaje que utiliza Jesús es el típico de esta clase de anuncios proféticos: guerras, revoluciones, espantos en el cielo...

Pero Jesús no quiere infundirnos miedo, sino una esperanza serena. Nos pone sobre aviso de falsas alarmas y, sobre todo, nos invita a ver en este anuncio un mensaje de salvación: "no tengan pánico ... ni un cabello de su cabeza perecerá: con perseverancia salvarán sus almas".

A los que caminamos por este mundo en medio de sustos y de fatigas, nos interesa mucho saber que nuestro destino, como incorporados a Cristo Jesús, es un destino de victoria y felicidad. Las penalidades que tengamos que padecer no tienen que desesperarnos: "así tendrán ocasión de dar testimonio".

El final de los tiempos no es inminente. Pero sí es serio, y nos orienta a una vida comprometida, vida de peregrinos que avanzan hacia una meta y no se quedan distraídos por el camino.

Esta mirada hacia el futuro no pretende aguarnos la fiesta de la vida, sino ayudarnos a ser sabios. La vida actual hay que vivirla en plenitud, sí, pero responsablemente, siguiendo el camino que nos señala Dios y sin dejarnos engañar por presuntos mesías que nos ofrecen recetas salvadoras más apetitosas. Jesús ya nos advierte que encontraremos en nuestro camino persecuciones y dificultades, si queremos en verdad serle fieles y dar testimonio de él. Cuando Lucas escribía esto, ya la comunidad cristiana tenía experiencia de cárceles, envidias, odios y muertes. Jesús nos dice que sólo "con nuestra perseverancia" salvaremos nuestras vidas.



Pablo desautoriza a los que no quieren trabajar alegando que el fin del mundo está cerca. La vigilancia ante la vuelta de Dios no consiste en desanimarse o en huir hacia la pereza, sino en tomar una actitud positiva, constructora de esos cielos nuevos y tierra nueva que están en los planes de Dios. Mirar al mañana no es olvidarse del hoy, sino tener luz y fuerza para vivirlo con mayor compromiso y espera activa.

Siempre hay gente -y no precisamente porque crean inminente el fin del mundo- que se inhiben del trabajo y viven a costa de los demás. Con la consecuencia de que, al no tener trabajo, se meten en todo y siembran desorden en la comunidad, porque no hay nada como el ocio para tener tiempo para la murmuración y trastornarlo todo.

La llamada de Pablo sigue válida: "el que no trabaja, que no coma". Es una invitación al trabajo común. En el aspecto humano, contribuyendo al mantenimiento de la familia o de la comunidad, y también en cuanto a la tarea evangelizadora en este mundo. El trabajo, y sí es con sacrificio, mejor, es lo que nos produce la mejor satisfacción y felicidad.

Nuestro destino está en el futuro y se llama Dios. Pero el futuro ya está en el hoy de cada día. La Eucaristía es nuestro alimento para este camino y la garantía de la vida eterna: "quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna: yo le resucitaré el último día".

**Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador**